

Educar para exportar

Araceli Damián*

La semana pasada se llevó a cabo una reunión para realizar un balance del principal programa de lucha contra la pobreza, el Oportunidades (antes Progresá). El presidente Fox afirmó en ésta que el Oportunidades “combate el paternalismo y el asistencialismo”.

El programa es asistencialista, si nos apegamos a la definición de *social assistance* (asistencia social) del afamado economista Anthony B. Atkinson (*Incomes and the Welfare State*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995). Esta consiste en ayudar a los más pobres, ya sea en efectivo o en especie y por lo general está sujeta a algún tipo de prueba de medios y, puede estarlo también a la discrecionalidad administrativa o profesional. Todas estas características encajan perfectamente en el diseño del Oportunidades, por lo que éste es un programa asistencialista.

El “paternalismo” se asocia con las acciones que el Estado lleva a cabo para proteger a determinados grupos específicos (sindicatos, campesinos, productores, etc.) El éxito o fracaso de dichos grupos se atribuye en gran medida a lo que el Estado hace o deja de hacer por ellos. No obstante, dar dinero a los pobres es una acción paternalista, puesto que, como lo define el diccionario de la Real Academia Española, ser paternalista es “aplicar las formas de autoridad y protección propias del padre en la familia tradicional a relaciones sociales de otro tipo”. Es el papá Estado quien provee los recursos para que los pobres extremos puedan educarse. De acuerdo con la cifras del Oportunidades, mas de 20 millones de personas esperan cada dos meses recibir la mesada de papá. A cambio prometen portarse bien y cumplir con las corresponsabilidades impuestas por el programa.

Bajo la óptica neoliberal, el otorgar dinero a los pobres esto es, subsidiar la demanda, no es visto como una interferencia en el funcionamiento del “libre” mercado. Suponen que el dinero que reciben los pobres les permite adquirir, con base en su “conocimiento perfecto” del mercado, los bienes que requieren al mejor precio. Que los consumidores son tomadores de precios.

Estas premisas son falsas. Las mismas evaluaciones del Oportunidades han señalado que los precios de los alimentos suben los días en los que los beneficios monetarios se reciben. Los “libres” consumidores no tienen la opción de adquirir bienes en lugares donde los precios son más bajos, dados los altos costos de traslado. Por otra parte, cabe preguntarse cómo podemos calificar de elección libre la que realizan los pobres extremos cuando son guiadas por su condición de hambre y endeudamiento.

La ideología neoliberal, que los últimos cuatro gobiernos del país han adoptado, sostiene que el Estado tiene la obligación de apoyar a los pobres, pero sólo a los extremos, debido a que su condición en el límite de la supervivencia no les permite avanzar en la escuela y competir en “igualdad” de condiciones en el mercado laboral. De esta forma, la tarea del Estado neoliberal es en asegurar que los pobres extremos no se mueran de hambre, mantengan un nivel razonable de salud (sobre todo controlando enfermedades relacionadas con la pobreza: respiratorias y gastrointestinales), y puedan elevar su nivel educativo (capital humano), lo que les permitirá salir de la pobreza por sus propios medios en edades adultas, ya que la pobreza se explica por su escaso “capital humano”.

A pesar de que el Oportunidades es el programa de lucha contra la pobreza más evaluado en la historia del país, sus verdaderos alcances no han sido realmente evaluados. Al fijar desde su arranque como objetivo “*romper la transmisión intergeneracional de la pobreza*”, el programa es estrictamente evaluable sólo en la próxima generación, dentro de unos 10-20 años, cuando los escolares de hoy sean adultos y conformen sus propios hogares, cuando se podrá observar si salieron o no de la pobreza. Aún así, quedarán dudas sobre la contribución del programa.

Información reciente pone en duda los reales alcances del Oportunidades. El pasado martes se publicó (9/Noviembre/2004, *Universal*) un interesante reportaje sobre la primera localidad que recibió el Oportunidades. Esta localidad se ubica en una región otomí del estado de Hidalgo. La reportera, Guillermina Guillén, describe que se trata de un pueblo habitado casi exclusivamente por mujeres sin esposo ni hijos. El mejoramiento de las condiciones de las viviendas en la localidad, señala,

no fueron resultado de los “beneficios” del programa, sino de las remesas que reciben de sus familiares desde los Estados Unidos.

En la localidad sólo una persona continúa recibiendo el apoyo (una mujer de 74 años, analfabeta que recibe 160 pesos al mes). Según el testimonio de los entrevistados, el resto ha abandonado el programa dados los magros beneficios que otorga, la dificultad de cumplir las obligaciones contraídas para recibirlos (visitas médicas periódicas, asistencia a pláticas educativas, etc.) y la posibilidad de obtener ingresos muchos mayores trabajando ilegalmente en el país vecino.

No se puede negar el impacto positivo de inyectar 20 mil millones de pesos o más a los barrios y comunidades más pobres del país, pero ello no basta para asegurar que esta población tenga la posibilidad de encontrar un empleo que le permita disfrutar una vida digna. Tampoco demuestra que la mejor manera de inyectar esos recursos es la del Oportunidades.

El actual gobierno ha renunciado a su papel de promotor del desarrollo económico y del empleo. El Oportunidades coadyuva a la educación de mano de obra barata para que sea aprovechada por el país vecino. A esta población se le prometió que con este programa saldría de la pobreza extrema. Sin embargo, nunca se le dijo que para ello tenía que arriesgar su vida y enfrentarse al duro golpe de separarse de su familia. El Estado les ofreció dádivas y la promesa de una mejor vida futura. Sin embargo, la estrategia ha fracasado y el Estado tiene una deuda moral con todas esas familias separadas por la desesperanza.

*El Colegio de México
adamian@colmex.mx